

¿Hacia un Papa inesperado?

E. MIRET MAGDALENA



Se instalará la chimenea y, cuando salga de ella el humo blanco —la "fumata"—, habrá nuevo Papa.

A rey muerto, rey puesto". A Montini desaparecido, tendremos un nuevo Papa al mes del fallecimiento.

Cábalas desorientadoras

Los 116 cardenales que tienen voto (hay 130, pero a los que son mayores de ochenta años Pablo VI les quitó la posibilidad de ser electores del futuro Papa) van a nombrar al nuevo Papa.

¿Cómo será este personaje que subirá a la más alta cumbre de la dirección espiritual de los católicos dispersos por todo el vasto mundo?

Las cábalas son desorientadoras para el gran público. Suenan aproximadamente una docena de nombres. Unos —los más— italianos y otros —los menos— extranjeros. Pero sólo se baraja un nombre no europeo: el del argentino monseñor Pironio.

La gran fábrica de forja de opinión que es el mundo de la Curia romana, a través de la prensa italiana, está sugiriendo lo que muchos no querríamos que ocurriera: la elección de otro italiano más.

Un precedente ejemplar

Desde el siglo XVI, con la excepción entonces del valiente y sensato holandés Adriano VI, hemos tenido los católicos siempre un Papa italiano. Razones sutiles de pretendida diplomacia presionaron a la cristiandad ca-

tólica para que se inclinase moralmente por esta solución latina.

Sin embargo, la realidad es que, en el solo año que dirigió la Iglesia del Renacimiento católico el Papa holandés, el catolicismo pareció empezar un camino muy distinto al que le imprimieron los posteriores Pontífices. Adriano, preceptor del Emperador Carlos V, ensayó un comienzo de reforma interior de la Iglesia que hubiera sido el mejor antídoto contra las críticas de Lutero. Incluso pensó en reunir un Concilio con la presencia de todos los interesados —conformistas y reformistas— para discutir la reforma católica, que hubiera sustituido, con ventaja y sin dramáticas desuniones, a la reforma protestante que sólo floreció años después por incompetencia y cerrazón de los Papas italianos, que siempre ven con malos ojos las reformas que vienen de fuera.

La Curia romana de entonces, con sus prebendas escandalosas para favorecer a los amigos y parientes que monopolizaban el mando del catolicismo, hizo fracasar el inteligente empeño del Papa holandés. Como ahora pretendió también hundir la labor renovadora de Juan XXIII, el menos italianizante de los Papas modernos.

Un Papa popular

Ahora —ante la perspectiva del nuevo rumbo que adopte su dirección— la Iglesia debe meditar este ejemplo ya lejano, pero todavía válido, de un extranjero al frente de sus doctrinas y costumbres en momentos delicados como fueron también los del siglo XVI.

La primera condición de la elección debe ser conseguir un Papa no italiano.

Con lo que no estaría, por supuesto, resuelta la cuestión. Porque haría falta también

comprender —en esta línea— mejor la catolicidad, la universalidad de la Iglesia; y que la figura que vaya a dirigirla la represente más significativamente en esta ocasión tan propicia para hacerlo.

Los nombres que suenan no tienen ninguna seguridad. Todos son posibles y ninguno decisivo. No pasa como con la elección de Montini. Y podría muy bien ser ahora uno en el que nadie piensa hoy, como pasó con Juan XXIII. De los italianos se habla del muy moderado Baggio, del conservador Felici,

del simpático y ligeramente abierto Pignedoli, del inteligente antimarxista Benelli. De los extranjeros, el holandés Willebrands, moderadamente avanzado y muy querido en Holanda y en la Santa Sede; el austriaco Koenig, prudentemente dialogador con el mundo socialista; el argentino Pironio, el más progresista y buen navegador en la Curia romana; el polaco Woytla, el francés Marty, el brasileño Lorchscheider, y —cosa curiosa— nadie habla de un candidato del mundo africano o asiático.



"Sic transit gloria mundi": parece que era ayer —pero hace quince años— cuando el cardenal Montini accedía al Pontificado.

ADRIANVS VI



Desde Adriano VI (1459-1523), valiente y sensato holandés, no ha habido en la Iglesia universal un solo Papa que no fuera italiano.

Si —por primera vez en la historia de la elección de un Papa— el Cónclave está formado por mayoría de cardenales no europeos (hay 57 europeos y 59 que no lo son), ¿qué buen ejemplo daría al mundo en ceder esta hegemonía de siglos que ha tenido nuestro continente, transfiriéndola a los que tienen tanto derecho como ellos por lo menos para imprimir un sello distinto a la marcha cansada de esta Iglesia demasiado occidentalizada?

El cambio no se debe propugnar por propugnarlo; aunque esto ya sería una manera de salir del pesado carro rutinario en que el catolicismo se encuentra embarcado. Lo que hace falta es producir una sensibilización del "pueblo de Dios" (así es como se define a sí misma oficialmente la Iglesia por primera vez en el Concilio Vaticano II); y que este pueblo tan diverso, tan callado y tan sumiso hasta ahora, tenga por fin una voz. La famosa "vox popu-

li", que dirimía las cuestiones en la antigüedad. No una voz por medio de votos y urnas electorales, sino por un consenso moral que los grandes medios de comunicación se hicieran eco de él. Ese anhelo expresado de modo ingenuo en las afirmaciones, comentarios y críticas de la gente de la calle.

Ese es el atractivo utópico que late en los deseos populares por tener un Papa con gabardina, subiendo en el Metro, cargando bultos —para mejor saber lo que es trabajar— y siendo ajeno al gran mundo de los poderosos. Un Papa, en una palabra, con el que soñamos los católicos de cualquier tendencia, en nuestros ratos de silencio y reposo, o de lectura reflexiva.

Un hombre que viniese a Europa de otra civilización, de otro mundo de valores, de otras costumbres y deseos que nada tuviesen que ver con nuestra sociedad del consumo por el consumo, creada por nuestro capitalismo; sin el afán desme-

dido de poder de nuestros políticos e intelectuales; sin creer en la competencia agresiva y deshumanizada de Occidente para resolver la crisis económica; sin el anhelo de poseer más, sino de ser más; sin el complejo de superioridad de nuestras ideas occidentales a favor de Dios o contra Dios, de nuestras concepciones pretenciosas sobre el mundo y el hombre. Superar esos esquemas obsoletos que nada resuelven humanamente y que defendemos afanosamente los blancos.

Esa sería la segunda condición que debería reunir el próximo Papa.

Un rebelde pacífico

Con lo cual tampoco está dicho todo. Todavía habría que ahondar más en los anhelos ocultos que laten en la gente por quitar la hojarasca de nuestras teologías modernas, de las renovaciones litúrgicas superficiales y del olvido en que está la conciencia responsable. Es ficticio todo este cambio, hasta ahora dado en la Iglesia por influencia de los occidentales cansados, escépticos y tecnificados que somos los católicos europeos.

Haría falta un Papa que, como un nuevo Francisco de Asís, supiera ver lo invisible a través de lo visible, sin dejarse deslumbrar por las apariencias brillantes; ser el más pacífico contestatario de la Historia católica, pertrechado sólo con su ingenuidad evangélica; carecer de res-

petos humanos hacia el poder político, hacia los intereses egoístas de los fuertes y hacia la tiranía de los consagrados intelectualmente.

Y no creerse por eso un Santo, un privilegiado, un hombre fuera de serie. Sino uno como todos los demás, como esa masa silenciosa de los olvidados, preteridos y dominados por los que creen saber mucho más que ellos, pero que carecen del contacto con la realidad cotidiana, que no tienen el conocimiento de la intimidad de los demás ni el afán de dar igualdad de oportunidades a todos. Ni siquiera debería creerse un reformador, sino un convencido; uno más —como los sencillos hombres del pueblo— de los que dudan intelectualmente de sí mismos, pero saben por intuición que están en lo cierto, aunque los tiempos no les sean propicios; y como la hormiga tenaz que no cesa en su labor a pesar de las dificultades, estén viviendo estas intuiciones elementales con sencillez tesón, sin desmayar jamás porque saben que más que de su impulso personal, ellos viven sobre todo del "impulso creador" de la vida, de esa vida en evolución que es movida por algo más grande y más fuerte que cada individuo.

Ese Papa, quizá negro africano, es el que nos conviene a los católicos cansados y desorientados por diecinueve siglos de luchas occidentales; es el que sería buen faro —sin pretenderlo— para la desconcertada Humanidad. En todo caso: un Papa que se acerque lo más posible a este ideal (si no puede ser africano renovador, al menos ese argentino llamado Pironio). Porque sin ideal, sin "utopía concreta" que nos mueva, el catolicismo está perdido, hundido en su propia grandiosidad externa, a la que cada vez le falta más enjundia interior y más fuerza íntima vital.

Ese sería el Papa de los anhelos ocultos, de los que todavía creen en el Evangelio y piensan que éste se hizo no sólo para nosotros los occidentales, sino para todo hombre de cualquier raza, color, ideología, sexo y condición. Es difícil, pero no es imposible que así sea. ■



Juan XXIII, Pontífice excepcional, universalmente aceptado y querido, fue el menos italianizante de los Papas modernos.